

DT 33

Documento de Trabajo

La crisis medio ambiental: en la búsqueda de un sujeto político revolucionario

Francisco Lucas Laffitte

Revisor: Joaquín Farina



MARXISMO CUANTITATIVO

CENTRO DE ESTUDIOS

Diciembre 2025

La crisis medio ambiental: en la búsqueda de un sujeto político revolucionario

Francisco Lucas Laffitte¹

INTRODUCCIÓN

Aquí y allá, nuestro mundo contemporáneo está plagado de imágenes que parecen extraídas de una película distópica de la que no sabemos exactamente su desenlace. La pandemia del covid 19 pareciera que fue uno de los puntos cúlmine de esta imagen terrorífica de la realidad, que si bien hasta ahora fue la más impactante por sus dimensiones y consecuencias, no fue la primera, ni será el última de este tipo de eventos catastróficos. Sequías, epidemias, inundaciones, aumento global de las temperaturas, transformaciones de ecosistemas enteros, derretimiento de glaciares, entre otras. Es cierto que muchos de estos eventos han sucedido a lo largo de la historia de la humanidad (como las sequías o las epidemias) y se vinculan con la dinámica propia del ciclo de la vida y de los climas de la tierra. No obstante lo característico de nuestra época pareciera ser la frecuencia y la dimensión de este tipo de eventos, así como la permanencia de sus efectos. Nada pareciera indicar que luego todo volverá en algún momento a la “vieja normalidad”, y la “nueva normalidad” es muy similar a un estado de alerta permanente.

Ahora bien esta realidad está lejos de presentarse como evidente por sí misma. Como todos los hechos de la coyuntura y de la historia de la humanidad, su interpretación y diagnóstico es objeto de lucha por parte de distintos grupos sociales, sean grupos científicos, organismos internacionales y financieros, empresas, organizaciones no gubernamentales, organizaciones políticas, Estados Nacionales etc. Como nada se da en el vacío, estas transformaciones catastróficas del medioambiente también han entrado en el campo de significación de las relaciones sociales de la sociedad actual, y los intereses y tensiones que la cruzan mutuamente

¹ *Estudiante de Sociología FCS-UBA, Investigador Estudiante del Centro de Estudios de Marxismo Cuantitativo (CEMC-FCE-UBA)*

juegan un rol a la hora de intentar dar una explicación convincente de su surgimiento y una opción creíble a su solución. Solo para mencionar algunos ejemplos: varios países, incluyendo las grandes potencias capitalistas, han suscrito los acuerdos de París de 2015 para la reducción de los gases de efecto invernadero; en los últimos años, distintos organismos financieros internacionales han creado líneas de crédito específicas para el desarrollo de proyectos productivos “verdes”; incluso se han creado activos financieros para la reducción de gases de efecto invernadero; se han creado innumerable cantidad de empresas, comercios y restaurantes veganos y vegetarianos; dentro de las escuelas de muchos estados nacionales la cuestión del reciclaje y el medio ambiente es un punto casi obligado de la currícula. Cada una de estas propuestas implica algún tipo de interpretación acerca de esas catástrofes que han irrumpido en la sociedad moderna. Si bien es cierto que la emisión de gases de efecto invernadero, la utilización de combustibles fósiles, o el desecho de enormes toneladas de basura en las grandes ciudades son los problemas empíricos y concretos que explican inmediatamente los efectos del problema, poco explican sobre las causas profundas y sociales que los producen. En otras palabras, si bien pueden señalarse con facilidad estos causantes directos de las catástrofes ambientales, esto no explica su regularidad constante, su dimensión creciente, ni mucho menos explica porque este tipo de iniciativas pareciera no encontrar el agujero al mate: nada pareciera cambiar a pesar de la proliferación de un discurso medioambiental sin sujeto.

Creo, junto con algunos autores de las ciencias sociales de la tradición marxista del pensamiento, que la explicación de esta regularidad de las catástrofes medioambientales se encuentra en el modo de producción hegemónico de nuestras sociedades contemporáneas: El capitalismo. En otras palabras, la forma de producción del capital conlleva e implícita dentro de su propio desarrollo la destrucción del medio ambiente. A su vez, en este trabajo me interesa vincular el desarrollo del capitalismo actual y sus contradicciones medioambientales con la pregunta por la emergencia de un nuevo posible sujeto revolucionario de clase que por lo general está ausente en las miradas ambientalistas.

LA LÓGICA INMANENTE DEL CAPITAL Y LA DESTRUCCIÓN DEL MEDIO AMBIENTE

John Bellamy Foster (2004) fue uno de los primeros autores en señalar que la teoría marxista del capital tenía una explicación para un fenómeno tan preocupante como la destrucción del medio ambiente. Según el autor, Marx habría entrado a esta discusión a partir de su refutación a las teorías de la superpoblación de Malthus, quién representaba para el alemán revolucionario, una típica mirada burguesa y extrema del asunto. Malthus propone que mientras que la producción agrícola crece de forma aritmética, la población humana tiene una tendencia a crecer de manera geométrica. Por lo tanto, esta contradicción llevaría necesariamente a que en determinado momento no alcanzara el alimento para toda la población y fuera necesario reducirla. Además de señalar el carácter ahistórico de la teoría Malthusiana de la población y la producción agrícola que universaliza sus dinámicas dentro del capitalismo, Marx entra en una profunda lectura y estudio de las ciencias naturales de la época para entender en mayor profundidad el vínculo entre el sistema capitalista y la fertilidad de la tierra, precisamente en el momento que se estaba realizando la segunda gran revolución agrícola, donde por primera vez algunos entusiastas agrónomos terratenientes como Liebig, Anderson o Lawens descubren las propiedades químicas de los suelos, y las condiciones necesarias para regenerar su fertilidad o su degradación. Es en este contexto de discursos que emerge el concepto de metabolismo que Marx utiliza para señalar el complejo proceso de interrelación bioquímico entre el ser humano y la naturaleza, que incluía la ingesta de nutrientes y la producción de excrementos.

Lo fundamental de la crítica de Marx en este aspecto radica en señalar la fractura metabólica que el sistema capitalista produce en la sociedad al separar al trabajador del vínculo directo con la tierra (como parte del proceso de acumulación originaria y expulsión de comunidades campesinas) y amontonando en grandes ciudades a los obreros industriales. Siguiendo los desarrollos y las preocupaciones de Liebig en la época, Marx se encontraba ante el problema de la insustentabilidad de la producción agrícola capitalista a gran escala. Este sistema privaba a la tierra del fertilizante natural del ciclo metabólico al separar geográficamente la producción de alimentos, su consumo, y la gestión de sus desechos. La contradicción en el

desarrollo campo-ciudad propia del capitalismo, entonces, conllevaba a la insustentabilidad de la producción agrícola mediante la pérdida del abono que pudiera regenerar su fertilidad, a la vez que producía grandes ciudades de trabajadores que desechan sus excrementos a los ríos de forma contaminante. Por lo tanto, Foster llega a la conclusión de que para Marx todo diseño de una sociedad nueva sin explotación capitalista implica una superación de la contradicción entre el campo y la ciudad, la reconstitución del metabolismo entre el ser humano y la naturaleza a partir del vínculo con la tierra, y un pensamiento sobre la sostenibilidad ecológica como eje de una nueva racionalidad no capitalista de la producción.

Siguiendo los aportes de Foster el filósofo marxista japonés Kohei Saito (2022) retoma el guante con respecto a algunas críticas que otros marxistas habrían realizado al marxismo ecosocialista. Saito, por lo tanto, se propone hacer una reconstrucción sistemática de la teoría de Marx para encontrar el vínculo de esta con la crítica ecológica, y entender cómo el capitalismo supone la destrucción del medio ambiente. Podríamos decir que Saito se pregunta específicamente cómo es que el capital vincula al ser humano con la naturaleza.

Para hacer este análisis sistemático Saito se para en las lecturas del Marxismo desde la escuela de japon de Kuruma, entendiendo el desarrollo histórico de la contradicción entre el valor de uso y el valor. En una sociedad de productores independientes de mercancías, cada productor crea la mercancía utilizando la materia prima de la naturaleza, cierta maquinaria o elementos de trabajo, y una cierta cantidad de trabajo concreto. Como sabemos, esto crea un producto que tiene un determinado valor de uso (una escoba para barrer, un lápiz para escribir, etc). En su especificidad, cada uno de estos valores de uso no son comparables, dado que son cualitativamente distintos. Pero a su vez, dicho producto por sí solo, en el contexto de productores autónomos independientes y privados, si no es llevado al mercado, no satisface ninguna necesidad social. Solo cuando es llevado al mercado e intercambiado por otros productos con valores de uso distintos, esa producción y ese trabajo privado adquiere un carácter social. A diferencia de otros sistemas de producción, la asignación y la distribución del trabajo y la producción social se realizan después de que el trabajo se ha realizado, y no antes, lo que conlleva la posibilidad de que se realice trabajo innecesario desde el punto de vista de satisfacer una necesidad social (es decir que no se logre vender el producto en el mercado). Ahora, bien como dijimos, esos productos no se pueden comparar

por sus valores de uso, debido a que son cualitativamente distintos. Por lo tanto, las mercancías tienen otra característica que las hace cuantitativamente comparables entre sí, y que permite, por lo tanto, generar el intercambio. Esto para Marx es la forma social del valor, que como ya sabemos, su sustancia es el trabajo abstracto socialmente necesario para producir un bien. Es mediante el valor que en el capitalismo se logra asignar y distribuir la producción social y el trabajo social.

Señalemos varias cosas. Cuando Saito se refiere al valor de uso en contraposición al valor, está hablando de una contraposición entre lo concreto material (un trabajo concreto para producir un bien concreto con un valor de uso específico) y la forma (el valor, cuya sustancia es el trabajo abstracto para producir un bien). En el valor de uso está contenido el vínculo metabólico del ser humano con el medio ambiente, las herramientas y el trabajo concreto de la vida del trabajador. Pero cuando pasamos a la forma del valor, que es como se realizan las mercancías en el mercado, solo ha quedado una bruma de materialidad dentro de la noción de trabajo abstracto. El vínculo metabólico del ser humano con la naturaleza, así como la especificidad del trabajo concreto de cada trabajador desaparece, y el valor de la mercancía solo tiene su referencia material en la cantidad de trabajo abstracto, es decir, como gasto de energía humana.

El valor solo puede realizarse a partir de la circulación D-M-D'. Cada uno de estos momentos, expresa una de las formas que tiene valor. Ahora bien, en su desarrollo pleno, en valor es capital, dado que se vuelve un “sujeto autónomo” movido constantemente por su aumento cuantitativo. Esta autoevaluación constante del capital determina su lógica inmanente. En este movimiento constante y “automático” del capital (donde el capitalista juega simplemente el rol de personificar en determinado momento al capital, es decir, de personificar un movimiento social que lo excede más allá de su voluntad individual) tanto las condiciones materiales de vida de la fuerza de trabajo, como la sustentabilidad del medio ambiente y los recursos naturales quedan completamente subordinados al proceso de valorización. En otras palabras, todo está puesto al servicio del aumento de la productividad en tanto supone el aumento de trabajo abstracto, y por tanto aumento de la ganancia capitalista, lo demás, sencillamente al no ser computado como un costo para el capital, no importa.

Sin embargo, Saito señala que a Marx no sólo le interesó el desarrollo de la lógica pura del capital. En su estudio analizó en profundidad este aumento sustancial de la productividad del capital supusieron un empeoramiento concreto y material de las condiciones de vida de la clase trabajadora, así como posteriormente esto desencadenó las primeras luchas como clase obrera que culminaron en la promulgación de las primeras leyes que regulan y limitan la jornada laboral a ocho horas, así como establece ciertos parámetros de salud e higiene como condiciones del trabajo. En otras palabras, la lógica del capital librada a su propia autovaloración puede estrujar las condiciones de vida del trabajador hasta un punto extremo, casi al punto de incluso de no garantizar su propia reproducción. Como dijimos antes, esto no es debido a que tal o cual capitalista tenga una ética o una moral perversa. La propia lógica de la competencia entre los capitales hace que si uno de esos capitalistas decidiera ser más benevolente en sus condiciones de trabajo, perdería en el mercado, dado que conlleva para él solo, una pérdida de productividad que sería aprovechada por la competencia sin pudor ni benevolencia. Ahora bien, si el capital no encuentra limitaciones dentro de su lógica interna, sí las encuentra fuera de sí mismo, y por lo tanto la única forma de regularlo es a partir de una coerción externa que imponga para todos los capitales las mismas limitaciones para la explotación de la fuerza de trabajo. Algo con lo que Marx está de acuerdo.

Saito hace un paralelo entre este análisis que Marx hace del vínculo del capital con la vida del trabajador, para entender el vínculo del capital en su constante autovalorización, para con el medioambiente. Si el capital es dejado a su propia lógica, sencillamente entrará en una relación destructiva con el ambiente, con tal de aumentar la extracción de plusvalía y de ese modo disminuir la caída tendencial de la tasa de ganancia. La ruptura metabólica que señalaba Foster se produce debido a que lo que media entre el medio ambiente y el ser humano es el valor, y se vuelve necesaria una restricción de esta lógica inmanente.

EL CAPITALISMO EN SU FASE ACTUAL DE DESARROLLO

Pues bien, hasta ahora los autores que hemos visto pueden darnos una explicación de porqué dentro de la lógica del capital estaba contenida una fractura metabólica que conllevaba la

destrucción del medio ambiente y la insustentabilidad a largo plazo del modelo de producción imperante.

Atendiendo a estas características en el desarrollo del capital, Nancy Fraser (2021) habla de un capitalismo caníbal que poco a poco va socavando las bases de sustento que quedan subordinadas a su lógica de valorización frenética. No obstante, Fraser amplía esta noción de capitalismo caníbal para señalar como no solo produce el deterioro del medio ambiente, sino que dentro de esta fase histórica, el desarrollo de un capitalismo financiarizado produce una crisis en otros ámbitos no-económicos, o extraeconómicos, que son fundamentales para su sustento. Cuando el capital se vincula con otros ámbitos de la vida genera en estos un proceso de *división ontológica*, *dependencia de la economía de dicho ámbito*, *negación de responsabilidad y desestabilización*. Con esta lógica de relación, el capitalismo tiene una tendencia a poner en crisis los ámbitos socio reproductivos de la vida, dado que los vacía de su energía vital mediante el proceso de valorización sin reponer la misma (fruto de su no-reconocimiento de los trabajos y redes comunitarias de cuidado). Esta crisis de la reproducción social de la vida está íntimamente ligada a la crisis ecológica, dado que esta última afecta sustancialmente el hábitat donde se desarrolla la vida. Retomaremos este punto al final del trabajo.

Dado que la relación entre la economía y la naturaleza debe ser mediada y regulada por la política, el capital, en esta fase histórica, también genera una tendencia a su crisis. El Estado, en tanto gestión de los bienes públicos, es quien tiene la responsabilidad de garantizar a bajo costo o de forma gratuita la extracción de los bienes naturales para la valorización del capital. Por lo tanto, una crisis ecológica supone en cierta medida una crisis en la gestión pública de los bienes comunes para disfrute de la mayoría, donde pareciera que los sistemas de representación han fallado, o encuentran límites para la regulación entre economía y naturaleza que de facto les corresponde.

Por último, Fraser le presta atención al vínculo que establece el capital entre la explotación y la expropiación. La explotación, como se desprende del análisis originario de Marx, es la extracción de plusvalía que se le hace al trabajador pagándole un salario que es menor al valor que éste puede producir. Esto supone que el capital, mal que mal, de alguna forma retribuye al trabajador sosteniéndolo aunque sea para su propia reproducción. La

expropiación históricamente ha sido la contracara de esto, que se caracteriza por la apropiación del capital de tierras y bienes naturales por lo general expulsando comunidades campesinas y destruyendo su hábitat para la reproducción de la vida. En este caso el capital accede a tierras y recursos naturales mediante la violencia, sin pagar los costes del sostén para la reproducción social de las comunidades que fueron expulsadas. Por lo tanto, este aspecto tampoco puede ser soslayado para entender las dimensiones de una crisis ecológica en el capitalismo.

LA EMERGENCIA DE UN SUJETO POLÍTICO DE CLASE REVOLUCIONARIO

Hasta este punto Fraser hace una excelente descripción de las consecuencias actuales del capitalismo contemporáneo financiero en los distintos ámbitos de la vida social. Da cuenta de cómo este sistema es el principal culpable de las íntimas vinculaciones entre las crisis ecológicas, las crisis de la reproducción social, la crisis de los sistemas de representación política, y las crisis de comunidades y pueblos expropiados de sus ámbitos de vida. Ahora bien, su propuesta para la construcción del “ecosocialismo”, con la consigna de luchar contra el capitalismo en todos sus elementos transmedioambientales- derechos de trabajadores y trabajadoras, feminismo, antirracismo, anticonsumismo, antiimperialismo, etc, etc.- termina por no definir cuál es el sujeto de esa revolución, o de esa transformación propuesta desde el ecosocialismo.

Quiero ser extremadamente claro en este punto. El hecho de que trabajadorxs, campesinxs, mujeres, comunidades originarias, negrxs, etc etc, sufran las crisis que el capitalismo financiero genera en sus específicos ámbitos de la vida social, no determina de forma automática, ni mucho menos, una articulación y organización conjunta de sus intereses en una lucha común. De hecho, el proceso mismo del capitalismo que en las primeras hipótesis de Marx llevaría a una creciente polarización de la sociedad capitalista, ha llevado, por el contrario, a una creciente fragmentación social que hace aún más compleja cualquier articulación política realmente efectiva.

Cada sujeto inscrito dentro del ámbito de la vida social que sufre la desestabilización del capitalismo tiende a traducir esa crisis en su propio lenguaje, a construir su propia agenda, a armar sus propias organizaciones que agrupan sus (más que justas) reivindicaciones de grupo, y a crear sus propios métodos y repertorios de expresión y manifestación. Como señala la misma Fraser, no faltan luchas. De hecho, en cada uno de esos ámbitos hay prominentes organizaciones e históricas resistencias. Pero muchas veces con enormes dificultades para lograr una articulación efectiva entre ellas. Esa traducción política entre distintos sujetos que Fraser da por descontado, pareciera ser el aspecto más complejo de cualquier respuesta contrahegemónica y organizada que no termine en una, quizás exitosa, lucha local.

Fraser al simplemente agrupar una cantidad de luchas y de sujetos unidos por los distintos sufrimientos que genera el capital, pareciera repetir (al menos en este texto) cierta discusión de la lucha por el medioambiente como una lucha sin sujeto político.

No es necesario recordar que cuando Marx proponía la construcción de un proyecto político que subvierta las bases del capitalismo de su época, pensaba en la búsqueda de un sujeto político que pudiera encarnar la construcción de esa nueva sociedad. No es que el capitalismo no fuera realmente nocivo para otras clases sociales, de hecho en el fondo el capitalismo era un mal para todas las clases. Pero ubica en el obrero ese potencial revolucionario, dado que al ser el sujeto más desfavorecido dentro de ese orden social, su lucha no sería la de él solo, sino la de todas las clases desfavorecidas por un orden social más justo. Así mismo, creo que existían otras razones por las cuales Marx ubica en la clase obrera (y no en las clases campesinas, o el lumpen-proletariado) el potencial revolucionario. Esas razones se explican, creo yo, por la fase del capitalismo industrial en la cual realiza sus escritos. Efectivamente, Marx veía como el mismo capitalismo creaba obreros por doquier, de los cuales a su vez el capitalismo dependía necesariamente. La contradicción principal del capitalismo, argumenta teórica y políticamente entonces, está en la relación patrón-obrero, y su terreno de disputa es la fábrica en tanto un medio de producción privado que debe ser socializado.

Fraser no menciona si está de acuerdo con esta hipótesis de Marx o no. Pero al menos cabe hacernos la pregunta lógica partiendo de su análisis. ¿En un contexto de capitalismo financiero (y en América Latina agregaremos dependiente), donde existe una fragmentación de la clase trabajadora en distintos segmentos, donde al menos la forma de producción fabril-

industrial no es hegemónica, y donde proliferan nuevas contradicciones y conflictos, sigue siendo la clase obrera el potencial sujeto político a partir del cual se puede articular una lucha contrahegemónica, y la fábrica el terreno donde emergen y se dirimen las batallas cruciales de esa lucha política? En síntesis ¿Es la contradicción principal de nuestra época la relación capitalista-obrero?

Del análisis de Fraser, creo, se puede afirmar que en este estadio del desarrollo del capitalismo, emergen nuevas contradicciones que en vez de situarse en el corazón de la reproducción del capital (como señalaba Marx), surgen en sus límites, en sus fronteras que buscan extenderse cada vez más, expulsando sujetos, que a su vez son reabsorbidos parcial y precariamente, precisamente por un capitalismo vorazmente expansivo.

Pongamos un ejemplo para ilustrar este punto.

EL SUJETO DE LA DESTRUCCIÓN AMBIENTAL: EL CASO DEL CAMPESINADO DE SANTIAGO DEL ESTERO²

Como sucedió con muchos de los pueblos que habitaron (y habitan) América Latina antes de la conquista Europea, aquellos pueblos originarios del Gran Chaco como Lule, Lule Vilela, o los Sanavirones, han sido masacrados físicamente, y sus legados de historias, tradiciones, lenguajes y cosmovisiones han sido sistemáticamente silenciados. Pero si bien existen pocos registros, no cabe duda de que en su gran mayoría el campesinado Santiagueño tiene su origen en esas tierras, y forma parte de estos pueblos. Es por esto que nos referimos, y se autodenominan, como campesinos indígenas. No obstante, y ateniéndonos a esta falta de registro, el proceso de asentamiento de pobladores en las áreas rurales de Santiago del Estero se explica en general como una consecuencia del modelo de explotación forestal que se centraba en la madera para durmientes y para extracción de Tanino. Este existió durante los últimos años del S. XIX y la primera mitad del XX esencialmente en las provincias de Santa

² La siguiente reconstrucción de la historia del campesinado se hizo puntualmente con los libros publicados por el Mocase-VC “Memoria de los orígenes de la central campesina de Quimilí” (2012) y “Memoria de los orígenes de la central campesina de Pinto” (2010)

Fe, Chaco y Santiago del Estero: las empresas forestales compraban grandes extensiones de tierras que desmontaban progresivamente a partir de “obrajes”. Una vez que se desforestaban todos los elementos rentables, la empresa loteaba los terrenos, los vendía y abandonaba la provincia (o el país). En Santiago del Estero, debido a la baja calidad de las tierras, estas no tenían potencial de venta para el establecimiento de estancias, como en otras provincias (piénsese en la famosa llanura pampeana); por lo que estas tierras eran finalmente vendidas al gobierno provincial o nacional o simplemente se dejaban abandonadas.

Este modelo “atraía” trabajadores y familias campesinas de distintos lugares, y luego de la explotación dejaba la tierra abandonada o como terreno fiscal y a los trabajadores desocupados. Muchas de estas familias volvían a migrar en conjunto en busca de trabajo, otras decidían quedarse a vivir en esas tierras ejerciendo una agricultura familiar mientras los adultos (generalmente varones) viajaban para trabajar de forma estacional. Entonces, esta forma particular de “colonización” deja a estos pobladores ocupando efectivamente extensiones de tierras relativamente grandes, ya que formas no intensivas de agricultura/ganadería en tierras de baja calidad exige una mayor extensión para garantizar iguales rendimientos. Durante varias generaciones los pobladores de estas tierras vivieron en calma pese a que los obrajes por lo general no cumplían con los derechos mínimos laborales.

Pero en la década del '70 comienzan los primeros conflictos respecto a la posesión de estas tierras, cuando se instala en la provincia el cultivo para exportación en secano (sorgo, poroto y algodón esencialmente). Durante esa década y la siguiente se darán lo que muchos autores llaman “desalojos silenciosos”: muchos campesinos fueron desalojados de las tierras que ocupaban hace generaciones ya que la falta de herramientas jurídicas, políticas y organizativas por parte de lxs campesinxs hizo virtualmente inexistente las resistencias duraderas a los desalojos (si bien hay registros de resistencias aislada).

La segunda ola de desalojos de fines de los ochenta y durante los años 90, se daría en el marco de las reformas neoliberales que llevó adelante el gobierno de Carlos Saul Menem (reforma del estado, desregulación del mercado externo e interno, apertura al libre ingreso de capitales especulativos financieros, precarización del mercado del trabajo, entre otras), y que en el contexto rural supuso sobre todo la expansión de los modelos extractivistas del

agronegocio, que no es otra cosa que la fusión del capitalismo agrario con el capitalismo financiero-extranjero.

El repentino interés en las tierras Santiagueñas por parte de distintos capitales (por lo general de otras provincias, como Córdoba y Santa Fe) en la expansión de la frontera agrícola a manos de la soja se explica por las nuevas características e innovaciones tecnológicas en la producción que toma el agronegocio: la mejora genética de las semillas; la introducción de pesticidas sumamente poderosos y contaminantes de los cuales el más usado y más famoso por sus estragos es el glifosato; la financiarización (commodities) y aumento del precio en mercados internacionales de estos recursos naturales.

Estos capitales interesados en adquirir y producir monocultivos de soja en estas tierras, se encuentran con grandes extensiones de espeso monte nativo, y con familias y comunidades que desde hace generaciones viven y producen allí. La gran mayoría de las veces, debido al mismo proceso de asentamiento, y a la exclusión del campesinado de las instituciones santiagueñas, estas familias no poseen títulos de tierra que los empresarios consiguen a partir de vínculos con el poder político o la justicia, o simplemente inventan. Es aquí donde se da otra de las características que

Fraser le atribuye al desarrollo propio del capital, es decir, la expulsión de las familias de sus tierras, y el desmonte, con las nocivas consecuencias para los ecosistemas, como la sequía del suelo, las inundaciones o la pérdida de biodiversidad.

Esas familias desalojadas, a veces de forma violenta, otras de forma silenciosa a partir de una violencia simbólica, terminan habitando las periferias de las grandes ciudades, y siendo reincorporados al sistema como trabajadores precarizados en un mercado de trabajo informal creciente, o en el mejor de los casos valiéndose de sus destrezas adquiridas a lo largo de su vida campesina, como trabajadores formales en la industria alimenticia, o realizando trabajos de “fuerza bruta”

En otros casos, las comunidades han resistido y se han organizado a partir de distintas estrategias de lucha. Parte de esa resistencia se ancló en una forma de organización comunitaria, vinculada con la historia de esos pueblos, pero regenerada en la práctica concreta e históricamente situada.

ALGUNAS CONCLUSIONES PARA UNA PREGUNTA ABIERTA

A partir de la descripción del caso concreto que hemos desarrollado más arriba hemos intentado dos cosas. Por un lado, poner en el centro del conflicto medioambiental a un sujeto de clase trabajadora. Sujeto que por lo general está ausente en los análisis y crónicas de los conflictos medioambientales, o que por lo menos no es protagonista de esas crónicas. Por lo general, el sujeto de la destrucción ambiental es abstracto y ambiguo: la humanidad toda, el medio ambiente mismo, los animales, el ecosistema etc. Es lo mismo que decir que no tiene sujeto.

Pero por otro lado, queríamos señalar que ese sujeto se encuentra en los límites crecientes y conflictivos del sistema capitalista que busca expandirse cada vez más por la propia lógica de la valorización que explica Saito. Sin embargo, ese sujeto no es totalmente expulsado. Una vez asentado precariamente en la ciudad, se reincorpora como trabajador con sus destrezas adquiridas de campesino. Aquí la contradicción de un sistema que expulsa y absorbe.

Ahora bien, la diferencia, y donde deberíamos poner el foco de estudio, es en la forma de organización comunitaria que es particularmente subversiva y completamente contradictoria con la forma de organización capitalista. ¿No está acaso en esas comunidades en resistencia que se quedan en sus territorios y continúan y expanden su producción y su organización de forma comunitaria un germen para posibles nuevas sociedades no capitalistas? Ese trabajador que termina en las ciudades ¿Olvida completamente sus orígenes campesinos-comunitarios?

Creo que de un caso no se puede inferir que el sujeto revolucionario sea el sujeto campesino. Sería apresurado, y no tendría en cuenta infinidad de otras variables dentro del sistema de producción capitalista de un país o de una región. Pero al menos creo que orienta la pregunta hacia la búsqueda de esos trabajadores que se ubican en los bordes de un capitalismo, que en esta fase histórica, están en expansión y son sumamente contradictorios, pero que además, muchas veces acaban reabsorbiendo a esos mismos trabajadores desplazados (a diferencia de otras etapas históricas donde los sujetos que habitaban los límites eran sencillamente, y fácilmente, exterminables). Además, quedaría desarrollar de forma teórica, pero aún más de

forma práctica, que se entiende por el proceso de construcción de un sujeto político revolucionario (que no es lo mismo a decir que ese sujeto está ya dado por la espontaneidad de las circunstancias) y cómo ese sujeto político puede realizar una traducción política y una articulación que permita generar las alianzas con otras clases sociales para un proyecto de transformación. Quizás si valga la pena mencionar, como hipótesis de trabajo, que el terreno de articulación de esas luchas en el capitalismo financiero contemporáneo ya no está en las fábricas, sino en los territorios, en los espacios donde se da, se disfruta y se sufre la vida. Cabría hacerse la pregunta entonces ¿Es el hábitat, al ser el nuevo espacio sobre el que avanza el capital, el nuevo terreno para una articulación de lucha entre clases trabajadoras como problema común que les permite unificar sus intereses? Como dijimos, todas estas conclusiones son solamente preliminares y contienen más preguntas que respuestas.

BIBLIOGRAFÍA

Saito, Kohei (2022 [2017]). La naturaleza contra el capital: El ecosocialismo de Karl Marx. Barcelona: Bellaterra.

Foster, John Bellamy (2004 [2000]). La ecología de Marx: Materialismo y naturaleza. Madrid: El Viejo Topo

Fraser, Nancy (2021). “Los climas del capital: Por un ecosocialismo transmedioambiental”. New Left Review, II/127,

Mocase Vc (2010) “Memoria de los orígenes de la central campesina de Pinto”- 2a ed.- Santiago del Estero: Mocase VC ISBN 978-987-25601-0-6. 1 Historia de asociaciones.

Mocase Vc (2012) “Memoria de los orígenes de la central campesina de Quimilí”-1 ed- Santiago del Estero. ISB 978-987-27759-1-9.1 Historia de Asociaciones.